

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

DIRECTOR

D. Práxedes Zancada y Ruata

AÑO XXII.—NÚM. 6

1 DE MARZO DE 1901



LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA

SUMARIO

GRABADOS.—La Reina Guillermina de Holanda.—El frío en Alemania.—Rusia: carreras de trineos.—Biblioteca del Ateneo.—Camino del cortijo.—Tirso de Molina.—D. Eduardo Tejerina Gamarra.—Nota política.

TEXTO.—Las congregaciones religiosas, por Práxedes Zancada.—La libertad y el derecho, por Juan de España.—Misterio, por Benjamín Amador.—Bien por mal, por Alberto Valero Martín.—En la Vega (novela), por José de Laugi.—El perro fiel (cuento).—Esperando, por Carlos Cano.—Tirso de Molina.—Letras y letrillas, por Daniel Collado.—El alma gallega, por «El gaitero».

Las congregaciones religiosas

Problema es este de las Congregaciones religiosas que ahora se agita, promoviendo controversias y estimulando las pasiones, de una importancia tan trascendental y decisiva, que seguros estamos que en torno de él habrán de girar interesantes discusiones parlamentarias cuando se abran las Cortes y pueda en ellas dejarse oír la voz elocuente de nuestros primeros oradores.

Recientes sucesos de todos conocidos, abusos de todos condenados, han venido á ser causa de que la opinión, distraída ó indiferente, njase su mirada en los muros conventuales, en las residencias monásticas.

Y al fijar en ellas su mirada escrutadora, el problema quedó planteado en toda su amplitud. Las clases bajas del pueblo, ineducadas y turbulentas, la gente moza, bulliciosa é irreflexiva, de Universidades é Institutos, pretendió dar al complejo asunto que reclama la atención del legislador una solución brutal, que pugnaba con los eternos principios de la justicia y el derecho.

Yo también salí hace poco de la Universidad; yo también siento los hervores de la primera juventud arder en mi pecho con vigorosa llama; yo también soy liberal; pero, ¡ah!, por eso mismo no quiero que la libertad sea jamás deshonrada por la violencia ni envilecida por el atropello.

El problema de las Congregaciones religiosas debe ser abordado con una gran serenidad de espíritu, prescindiendo de todo criterio sectario. Así procuraré hacerlo yo, y aunque mi voz sea tan modesta que apenas tenga eco ninguno, como ciudadano de mi patria tengo derechos que llenar, obligaciones que cumplir.

¡El monaquismo!... He aquí la palabra que entraña todo el problema, que indicando la influencia del convento en los asuntos civiles, en los negocios temporales, nos lleva á pedir restricciones, á demandar de los Gobiernos límites á una influencia avasalladora y perjudicial. ¿Quiere esto decir que abomine los conventos? En modo alguno. Se puede ser enemigo de la plutocracia sin tener ideas colectivistas.

Hay que diferenciar las Comunidades religiosas que se dedican á un fin benéfico y educativo de las que se consagran únicamente á la vida contemplativa. Estas, á mi juicio, son anti-sociales. Las primeras responden á un fin humano. Las segundas á un objetivo de espiritualidad incompatible con la sociedad en que viven, siquier de ella le separen las paredes de sus claustros y los gruesos hierros de sus celosías.

La exageración del principio monástico es nociva para el principio mismo. San Pablo y San Antonio, en los primeros siglos del cristianismo, cumplieron una misión santa: oponer la austeridad de la vida ascética á las corrupciones de la vida pagana, levantar la Tebaida contra Roma para que el aire puro de la nueva religión oxigenase á la ciudad gentilica con nuevos ideales, con nuevos sentimientos, con nueva savia...

Pero de esto á la afirmación de aquel cartujo que decía que el mundo en todas las edades es el dominio de Satán, que es imposible salvarse en esta vida de pecado y de miseria, y que sólo desde el claustro se va al cielo, hay una distancia inmensa.

¡Quién duda ya que también en el mundo, en estas luchas y tribulaciones de la carne, en esta continua sobrexcitación del pensamiento

por ideales generosos y en este constante estímulo de la voluntad por afanes nobles, puede y debe obtenerse la eterna salvación del alma pecadora!

San Bernardo escribía á un joven novicio que, llamado por sus padres, abandonó el convento: «Has dejado á Dios por el demonio.» Pero San Bernardo era un espíritu intransigente que ignoraba que no hay nada más santo que la paternidad, y el cual, como San Juan Crisóstomo, pensaba que para llegar á la verdadera perfección se necesita prescindir de todos los lazos de la carne, de todas las ligaduras terrenas. Aquellos santos, en su afán de ensalzar la vida monástica y el celibato, llegaron á ofender á la mujer, sin ver que una mujer había sido la madre del Salvador. Para San Juan Crisóstomo la mujer es una pena inevitable, un mal notorio; las más bellas son únicamente sepulcros blanqueados... Para San Jerónimo es la puerta del infierno, la mordedura del escorpión... No veían los que tales cosas afirmaban que el sentimiento cristiano había levantado á la mujer, y que esos conceptos eran más propios que de siervos de Cristo de filósofos griegos, como Aristóteles, para los cuales la dulce compañera de la vida era instrumento de placer y de procreación...

Pero noto que estoy saliéndome del objeto de mi artículo. Tenía el propósito de sostener que la vida contemplativa no era la perfecta, y esto no puede considerarse como una idea heterodoxa, propia de un descreído. San Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, lo afirmaba igualmente cuando decía que era en la lucha, en el combate de la vida, donde esa perfección se adquiere; por eso dió á la Orden por él establecida un carácter de actividad grande. Cada hombre es necesario á los demás; de ahí que es egoísta el pensamiento de abstenerse de toda comunicación con el mundo exterior.

No me he propuesto tampoco hacer largas consideraciones filosóficas sobre el estado monacal, considerado en su aspecto contemplativo. Voy ahora á examinar nuestra legislación, para que se vea claramente que es necesaria una reglamentación que no existe, y que hacen precisa de un lado nuestra situación económica, de otro lado el acrecentamiento peligroso de las Ordenes religiosas.

¿Qué ley rige hoy en esta materia? La de 1886 dice que el Concordato de 1851, y á él debemos atenernos, puesto que la disposición emanada del Gobierno provisional en Octubre de 1868 no vulnera lo sustentado en el Concordato. Dice éste, en su art. 35, que á fin de que en toda la Península haya número suficiente de ministros que puedan servir de *auxiliares á los párrocos*, existirán Congregaciones de San Vicente de Paul, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede. No puede estar más claro en esto el Concordato. Dice «otra Orden», dando, por consiguiente, un carácter singular á su disposición. Además, los individuos de esas Asociaciones religiosas deben servir como *auxiliares de los párrocos*. ¿Acaso esto es cierto? ¿No son las Congregaciones poderosas y ricas, árbitros de la Iglesia, mientras los pobres párrocos inspiran muchas veces la compasión, al verlos pobres, desvalidos?...

Por eso cuando yo oigo á muchos que piden la separación de la Iglesia y el Estado, y que repiten la frase de Castelar, de que estando unidas ambas potestades, reina arriba un clero blanco, aristocrático, que no sabe más que oprimir, envilecer y degradar, y abajo un clero ignorante de frailes, que apenas sabe recitar la salmodia de su ritual y mover los dos incensarios de oro, yo les contesto como lo hacía Ríos Rosas: «El párroco es pobre. La desamortización le quitó sus bienes. Devolvédselos y quitadle su modesta asignación. De otra suerte, será un crimen que condenéis á la miseria á ese siervo de Dios.» Y siguiendo con el razonamiento que ha truncado esta divagación, he de repetir que no es hoy el religioso auxiliar del párroco, sino éste de aquél; que á ello le ha

obligado su pobreza y la escasez de sus recursos.

¿Por qué son odiados por la opinión liberal lo conventos, y en cambio el clero secular es respetado? Pues porque con las alhajas de los conventos se ha fabricado moneda para asalariar y equipar á los soldados de D. Carlos que sostuvieron las dos guerras civiles; porque de sus celdas han salido numerosos contingentes de cabeceillas, y porque, como decía el Sr. Romero Ortiz, las Congregaciones religiosas han tomado en España rápido y considerable desenvolvimiento siempre que el poder público, cercenando las libertades, ha implantado reacciones vergonzosas. En cambio, nadie puede olvidar que del clero secular salió la esencia de las nuevas ideas, que fué un sacerdote, Muñoz Torro, el que lanzó á la faz de la nación, asediada por los ejércitos franceses, el programa de las modernas libertades que abrían al pueblo español panoramas risueños y esplendentes.

Las Comunidades religiosas quisieron embrazar el triunfo de la libertad, sin ver que, como dice Balme, «El mundo marcha; el que lo quiera parar, será aplastado, y el mundo continuará marchando.»

No preconizo yo en modo alguno resoluciones radicales. No sólo no soy partidario de medidas tan absolutas como las de Mendizábal; no sólo execro á aquellos malvados que asaltaron los conventos, para dar muerte horrenda á indefensos frailes; no sólo censuro la forma violenta con que las monjas fueron arrojadas de sus viviendas el año 1868, dando origen á protestas de la opinión religiosa, de las que se hicieron cargo en la Asamblea Constituyente los Sres. Vinader y Monescillo, obispo éste entonces de Jaén, sino que llevo mi tolerancia al extremo de no pedir expulsión ni excomunión de ningún género.

Pero ¡ah! que al hacer estas concesiones pido, en cambio, garantías para la integridad política del Estado, seguridades para la familia, limitaciones, en fin, al poder absorbente de esas Asociaciones que viven por nuestra tolerancia, que se desarrollan por nuestra indiferencia, que se multiplican por nuestra apatía.

No deben ser los conventos fortalezas inexpugnables, cerradas á la acción fiscalizadora del Estado. No deben ocasionar perjuicio alguno á la industria española por una competencia imposible. Que tributen si producen, que se las castigue si delinquen.

Y he de ocuparme ahora, particularmente, de una Asociación, la más combatida de todas, y también la más poderosa: la Compañía de Jesús.

¡Qué juicios tan contrarios y diversos los que esta Asociación ha inspirado! Leed á Pascal, á Michelet, á Voltaire, á Quinet, á Laurent, al arzobispo de Burgos, Javier de Arellano, y á muchos obispos y sacerdotes españoles, y creeréis que nada hay tan pérfido como ese instituto. En cambio, si leéis á Cervantes en su novela el *Coloquio de los perros Cepión y Borganza*, á Rivadaneira, á Monescillo ó á Sánchez Toca, creeréis que son dignos de todo respeto, de toda alabanza...

Macauley decía que los jesuitas habían salvado el catolicismo. En cambio, Guizot les acusaba de haber sido funestos para los pueblos, y Jansenio de profesar ideas semi-pelagianas y, por consecuencia, heréticas.

No pueden negárseles sin notorio perjuicio ciertas condiciones agradables para la enseñanza. Suelen ser moderados en la represión y tenaces en el método educativo. Poseen hermosos colegios y cuentan con profesores diestros é inteligentes...

¿Qué es, pues, lo que á esta Sociedad le ha perjudicado siempre en el concepto público, hasta el punto de que, al triunfo de la revolución del 68, fué inmediatamente suprimida? Dos cosas, á mi juicio, la hacen antipática y repulsiva á los ojos de la opinión liberal: su ingerencia en las familias por medio del confesionario y su significación política ultramontana.

Esta significación política les acompaña en toda su historia. Ella es la causa de que en Suiza, el

país más liberal de Europa, puedan existir todas las Asociaciones menos la suya. No soy enemigo de los jesuitas; pero desconocer la realidad de la Historia sería obcecación. Ellos en Alemania, después de la paz de Augsburgo, incitaron á los príncipes católicos á la guerra sangrienta de los treinta años. Bohemia los expulsó de su seno como enemigos del Estado; Gustavo Adolfo ponía como primera condición para la paz con el Imperio la supresión de la Orden, y el mismo campeón de la casa de Austria, Wollenstein, hizo en 1663 la proposición de arrojarlos del país, que perturbaban con sus doctrinas fanáticas. Ellos, en Inglaterra, conspiraron contra Isabel, y según escribía Enrique IV de Francia á su embajador en Venecia, llegaron á fraguar atentados contra su vida.

Tal vez al monarca francés le cegase la pasión. Tal vez ello no fuese cierto; pero sí lo es que el clero secular inglés se quejó al Pontífice romano de que, por la política que seguían los jesuitas, sufrían ellos duras persecuciones de la Iglesia anglicana. En Francia, sus teorías inadmisibles, las teorías del padre Mariana, armaron la mano de Jacobo Clemente contra Enrique III, la de Châtel contra Enrique IV... ¿Por qué murió este rey á los golpes del puñal de Ravallac, sino por la semilla de una predicación insensata? El Parlamento expulsó á los jesuitas después del atentado de Châtel. Enrique IV, generoso siempre, volvió á permitirles la entrada en el suelo francés. Y cumple á la justicia decir que no fué entonces la gratitud el sentimiento que animó á los que por una noble condescendencia volvían á la nación de que habían sido proscriptos.

Todo el mal de la Sociedad está en su ultramontanismo. La reserva mental, si verdaderamente la practican, es una consecuencia necesaria de ese principio. Es más: yo creo que todos los ultramontanos tienen que profesar esa reserva, ese distinguo sutil con que satisfacen la voz de la conciencia. En efecto; ellos piensan, al igual de Belarmino, que el Papa es el señor de los reyes y de los pueblos; que monarca que sea destronado por el Pontífice, es un tirano; que las leyes de su país sólo obligan cuando no van contra las doctrinas vaticanistas; y de esta suerte, por resultado fatal é ineludible de sus mismos principios la obediencia á los poderes constituidos es siempre en ellos una obediencia convencional y ligera.

Nada para mí tan ilógico como el ultramontanismo. Nada á mi juicio, que más contradiga las palabras de Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo». Y tan odioso es el ultramontanismo, en su forma de supremacía del Pontífice y dominio despótico de éste sobre todos los príncipes de la tierra, como en esa otra forma con que se presenta queriendo reedificar por la fuerza el trono temporal del papado, aunque esto, según la frase del eminente político inglés Gladstone, sólo pudiera hacerse sobre las cenizas de una ciudad y entre los huesos emblanquecidos de un pueblo amante de su independencia.

¡Ah! Si los jesuitas dejasen de ser una fuerza puesta al servicio de la intolerancia religiosa; si, cumpliéndose los deseos de aquel ilustre general de la Orden, Aquaviva, se despojaron de todo carácter político, la Compañía podía ganar la estimación de los pueblos...

Y no se nos diga por católicos fanáticos que el liberalismo es incompatible con la religión. Los principios de la libertad—afirmaba el canónigo Manterola, y llevaba al decirlo gran razón,—fueron sancionados, antes que por la revolución francesa, por Jesucristo, que rompió las cadenas del esclavo con el verbo divino de su palabra.

La época en que los Pontífices destronaban á los reyes, pasó ya para siempre. Hoy no podría Gregorio VII humillar á Enrique IV, ni Inocencio III destronar á Raimundo de Tolosa. Hoy sólo los pueblos destronan, sólo los pueblos derriban el poder de los monarcas, cuando ese poder no se ejercita con arreglo á los inmutables principios de la justicia.

Se hace necesario dar una reglamentación cumplida á todos los institutos religiosos. Casos como el de la señorita Ubao no pueden repetirse sin

menoscabo de la potestad paterna, base de la familia, y hay que evitar también que hijas desnaturalizadas abandonen á sus madres pobres y enfermas, para que recoja luego un beaterio el fruto de su trabajo, que negaron á la desgraciada mujer que les dió el ser. Pero nos admira que pueda ocurrir lo que todos vemos. ¿Pues qué, no hay disposiciones canónicas, que podría enumerar aquí, y las cuales, basándose en un alto principio equitativo, proscriben la entrada en el convento al hijo que sea necesario para la subsistencia de sus padres desvalidos? Pues si esas disposiciones canónicas existen, ¿cómo pueden ocurrir esos hechos lamentables?

Acometa, pues, el Gobierno que se forme, que este tiene sus días contados, el arduo problema religioso con serenidad y decisión. Seguir en este estado de derecho es en perjuicio de la nación y de las mismas comunidades religiosas, que pueden ser víctimas del odio de las muchedumbres.

He de repetir otra vez, porque así cumple á mis sentimientos religiosos, que no soy partidario de ideas radicales que lleven en sí un sello sectario y jacobino. Quiero, como antes he dicho, únicamente que el Estado se preserve contra el monaquismo; que garantice la seguridad de la familia, y equipare las industrias conventuales á las laicas, poniendo un límite lógico al acrecentamiento de las órdenes monásticas.

El problema de la enseñanza habré otro día de examinarlo, pues este artículo va siendo ya sobradamente largo.

Con la misma sinceridad que he criticado los excesos de las comunidades religiosas, he de censurar á todos aquellos que, ilusos ó malvados, pretendan descatalogar al pueblo español y conducirle á los errores de un materialismo ateo...

¡Qué tristes serían las consecuencias de tales propósitos si ellos lograsen ganar las voluntades!

Los pueblos sin religión, son pueblos sin ideales, pueblos que arrastran una vida miserable.

Cuando la fe religiosa desaparece del alma, puede ésta compararse, según la gráfica expresión de Moreno Nieto, con las montañas, que, cuando el sol las abandona después de dorar sus cimas con los últimos rayos, quedan tristes y frías.

PRÁXEDES ZANCADA

La libertad y el derecho

El orden material, perturbado por espacio de algunos días en varios puntos de España, parece asegurado.

La paz moral, esa interior satisfacción indispensable para la vida de las naciones, dista mucho de existir en la nuestra.

Llegada es, pues, la hora de que nuestros hombres políticos mediten seriamente acerca de un estado de cosas, cuyos peligros á nadie puede ocultársele, porque los desórdenes y las algaradas no han sido obra exclusiva de los perturbadores de oficio, ni de una agrupación política determinada.

Las causas que han producido tan lamentables efectos son causas lógicas y tan profundamente arraigadas en la conciencia nacional, que no bastarán para destruirlas todos los paliativos, todos los sofismas, todas las vanas promesas, toda la gárrula palabrería de los políticos sin ideales y sin fe.

No se restablecerá en España la paz de los espíritus, ínterin se desoigan las justas quejas de la opinión; no reinará la calma, ínterin la voluntad nacional se encuentre en la imposibilidad de manifestarse libérrimamente; no existirá la interior satisfacción, ínterin la España oficial siga haciendo caso omiso de la que no lo es.

Amigos del orden, tanto como el que más pueda serlo, lamentamos, y hasta condenamos, toda agitación innecesaria ó caprichosa; pero defensores entusiastas de la libertad, combatiremos sin tregua ni descanso al que de combatirla trate.

No ha sostenido España dos guerras civiles, largas y sangrientas, para que los ideales que no

lograron imponerse por la fuerza de las armas se impongan al fin, valiéndose de medios hipócritas y arteros; no ha perdonado, con una generosidad de que no hay ejemplo en la historia, á los hombres que la condujeron á la ruina, para que éstos la desprecien y escarnezan después.

Dijérase que en España no existen más voluntad, ni más opinión, ni más intereses dignos de ser atendidos, que los que afectan á aquellos hombres que se titulan gobernantes, por el solo hecho de intervenir en la cosa pública.

No, no es posible seguir caminando por una pendiente tan resbaladiza y peligrosa, sin que acabemos por rodar al fondo del abismo.

El país liberal, el que con su fe, su constancia, su esfuerzo y su sangre, constituyó el actual estado de derecho, merece alguna mayor consideración que la que desde hace bastantes años le vienen teniendo, no sólo los partidos tachados con más ó menos razón de enemigos de la libertad, sino aquellos otros que á la sombra de tan noble idea supieron encumbrarse.

La opinión liberal, aletargada por los desencuentros y vuelta á la actividad por el temor de sucumbir al golpe de un enemigo, que jamás perdona, debe permanecer en vela.

Medita, sin embargo, y no deposite su confianza en aquellos que más la prometan y halaguen.

En estos tiempos no basta que un hombre político se llame liberal; es necesario que lo sea.

* * *

Lo justo, que debiera sobreponerse siempre á lo legal, ha triunfado al fin.

Por esta vez los rayos del sol de la justicia han iluminado con resplandores vivísimos el panorama de tristezas y negruras que nos rodea.

El más alto Tribunal de la nación, el Tribunal Supremo, acaba de decretar la excomunión de una joven que, más por alucinamiento é ignorancia que por raciocinio y vocación, abandonó la casa materna, para buscar en las soledades del convento una paz de que no debía hallarse muy necesitada.

Los respetables magistrados, que oyendo tan sólo la voz de su conciencia acaban de rendir culto á la justicia, merecen el aplauso entusiástico que la opinión pública se complace en tributarle.

Imiten ese ejemplo de independencia y de moralidad todos cuantos en España están encargados de administrar justicia, y la osadía de que ciertos elementos hacen público alarde habrá de contenerse.

Tengan en cuenta muchas respetables familias los disgustos que puede acarrearlas una exagerada devoción, y se ahorrarán no pocas lágrimas y sinsabores.

JUAN DE ESPAÑA.

MISTERIO

Te ví cabizbaja,
te ví sin consuelo;
estaban tus ojos
en llanto deshechos.
La causa yo quise
saber del secreto;
mas tú, sin mirarme,
sumida en un duelo,
¡por toda respuesta
guardaste silencio!

Te hablé; mas fingiste,
por tus labios trémulos
mentida sonrisa
velaba un misterio.
¡Oh, no me lo ocultes!
¡Que yo sepa al menos,
te dije, el motivo
de tal sufrimiento!
Entonces tu rostro
tiñóse de fuego;
miré en tus mejillas
el llanto corriendo.
Mas nada, la vista
no alzaste del suelo;
¡por toda respuesta
guardaste silencio!

BENJAMÍN AMADOR.

Bien por mal

I

Alvaro era un hombre de bellísimas cualidades: talento, gracia, cultura, corazón noble, ilustración vasta, conversador habilísimo, amante de su mujer, honrado, de simpática apostura personal; todo se armonizaba en él en proporciones nada comunes; pero era un pobre enfermo crónico, necesitado, por consecuencia, de todos los cuidados de una mujer cariñosa que se sacrificase por atenderle.

Julia, casada desde niña con Alvaro, era una mujer hermosísima, buena en el fondo, pero humana;

algo insustancial, como todas, y tipo no muy en consonancia para vivir esclava de las impertinencias y de los cuidados de que un enfermo crónico necesita.

Rafael, amigo de Alvaro desde la infancia, poseía una arrogante figura; su sastre le vestía siempre con arreglo al último figurín que se llevaba en París ó se seguía en Londres; excelente esgrimidor de toda clase de armas, jinete distinguido, *conquistador* con fortuna y con plétora de juventud y de vida, era el único que acompañaba al enfermo y que acudía por las noches á su casa para distraerle con sus bromas y charla infatigable.

El resto se adivina. Julia, repito, que era hermosa, Rafael elegante, simpatizaron pronto, y... lle-

garon á quererse con fuerza y apasionamiento irresistibles.

Pero Rafael no se atrevía á confesarse con la mujer de su amigo.

—Mi amor es criminal, repugnante—se decía.—Julia me despreciará si se apercebe—y callaba.

Trató de disminuir sus visitas á casa de Alvaro. Poco á poco fueron siendo menos frecuentes y más cortas. Su amigo le reñía. Rafael encontraba siempre una disculpa vanal con que redimirse: los asuntos... el Círculo... las ocupaciones que se multiplicaban.

—No me mientas—le dijo cariñosamente Alvaro un día.—Lo que te sucede es que te roba el tiempo alguna... ¡Siempre el mismo!—añadió sonriendo.



EL FRÍO EN ALEMANIA

—¡No! ¡Te juro que no!—se apresuró á decir Rafael, mientras miraba á Julia, que palideció escuchando á su marido.

—No te sofoques—exclamó Alvaro.—¿Por qué te exaltas?—preguntó.—¡Si no te conociera!

Rafael tartamudeó algunas palabras, y Julia salió, inventando un pretexto cualquiera, de la habitación. Tuvo miedo á que el despecho la hiciese llorar y ponerse en evidencia.

Rafael despidióse. Pero volvió al día siguiente.

—Quiero demostrarte—dijo al entrar—que es completamente falsa tu opinión de ayer.—Y se echó á reír, mirando á Julia, que, celosa, le observaba.

Desde aquél no faltó un solo día. Todos hablando á Alvaro sobre lo mismo. Afirmándole que era un malicioso, que se engañaba...

Julia estaba enamorada, y tuvo que advertir la verdad. Aquellas disculpas no eran para Alvaro.

Fué feliz al comprenderlo, y por su parte dió á entender que agradecía las protestas.

Los hechos siguieron su curso forzoso, y Rafael y Julia se adoraron sin engaños, con franqueza.

Hasta aquí mi artículo no puede ser más vulgar. La historia eterna. La *comidilla* de las señoras en los salones, de los hombres en los Círculos, y la que comentamos todos á raíz de un duelo, ó al saber por los periódicos la noticia de un asesinato ó de un suicidio.

II

Bien pronto conoció Alvaro el amor criminal que alimentaban Julia y Rafael.

Filósofo á su manera, no formuló una queja, y uno de los pocos días que salió á paseo:

—No acompañarme—les dijo.—Puedo ir solo; me siento hoy mucho mejor. Quedad tranquilos.

Julia protestó, Rafael apoyó el parecer de Ju-

lia, pero no hubo forma de hacer desistir al enfermo de su idea. Se aferró á ella con terquedad de borracho, y hubieron de complacerle.

III

Obscurecía, y Alvaro no había vuelto aún. Julia, asustada con la tardanza de su marido, se recriminaba por no haberle acompañado. Preveía cualquier contratiempo, y hasta llegó á llorar. Quería á Alvaro como á un hermano cariñoso, y la impacientaba muy sinceramente su retraso. Su amante la aseguró que volvería, y la suplicaba que no se inquietase.

—Cualquier incidente—dijo—habrá sido la causa de que Alvaro no esté aquí ya.

Pero corrían las horas. La noche fué pesadamente apoderándose de Madrid; los encargados del alumbrado público encendían los faroles; los transeuntes escaseaban... y el enfermo no volvía...

IV

Como nada en el mundo es capaz á sostener la acción monótona y constante del tiempo, en Julia fué insensiblemente languideciendo el dolor que sintió en los primeros meses de la ausencia de Alvaro, y poco á poco fueron las horas separándola más y más de su recuerdo, hasta el punto de que si Alvaro hubiera regresado entonces, seguramente estorbaría á su mujer.

Al matrimonio mejor avenido ciertamente que no le irían en zaga. Julia y Rafael se adoraban, con un amor gigante, irresistible, mayor cada día; y uno llegó en que ella le recibió turbada, saludándole con palabras inconexas.

—¿Qué te sucede? ¿Qué adviertes en tí de extraño? ¿Estás mala?—preguntó Rafael en seguida.

—No; estoy... como siempre—contestó azorada Julia.

—¿Entonces?...

—Es que tengo una cosa que decirte.

—¿Y á qué aguardas, cielo mío?

—Que... ¡no sé cómo empezar!... ¡Me da mucha vergüenza!... ¡Ah, sí!—añadió entusiasmada, como el que tiene una idea luminosa. Y rodeando sus blanquísimos brazos al cuello de Rafael, aproximó los labios al oído de su amante. Vertió breves palabras.

—¿De verdad?—la interrogó con entusiasmo frenético al escucharlas.

—De verdad—contestó ella.

—¿Qué alegría!... ¡Bendita seas!—añadió Rafael con júbilo.

Aquella tarde transcurrió felicísima. Los enamorados no cesaron de hacer planes para el porvenir.

V

Carlitos era, como suele decirse, una verdadera monada. Dos años tenía, y ya charlaba por los codos,

haciendo las delicias de sus padres, que, extasiados ante el chiquillo, coreaban con grandes risotadas sus travesuras.

Aquel atardecer no habían dejado de reirse un solo momento con las peregrinas ocurrencias de su hijo.

Iba ya á marcharse Rafael, cuando al tomar de sobre un velador su sombrero vió una carta, dirigida á Julia.

—¿Qué raro!—dijo.—¿Has visto, Julia?—añadió.

—Una carta para tí.

—¿Una carta? Dámela. Como al señor—dijo zalamera—no le ha parecido bien que volviésemos hasta ahora, no ha sido posible que me enterase de nada de lo que ocurría en mi casa.

Rafael se la entregó sonriendo.

—¡¡Letra de Alvaro!!—exclamó Julia emocionadísima.

—¿De Alvaro! ¿Estás segura?

—Sí.



RUSIA.—CARRERAS DE TRINEOS

—No la leas. Rómpela—dijo Rafael, tratando de coger la carta.

—Déjame, déjame—contestó Julia palideciendo, y rompió el sobre.

«Queridísima Julia—leyó en voz alta:—Cuando ésta llegue á tí, puedes redimirte. Casarte con el hombre á quien amas: con Rafael. Yo me habré muerto. Conociendo vuestro amor, huí de vosotros; pero contigo, Julia, dejé mi alma entera... ¡te lo juro!

No te digo que te perdono, porque lo juzgo necio. Más bien necesito yo de tu clemencia, por haberte condenado á ser mi hermana de la Caridad durante muchos años. Eres joven y hermosa. Yo no podía ser amado por tí.

En América, para distraerme de tu recuerdo, trabajé. La suerte, tan tirana conmigo, caprichosa, ha

querido favorecerme. Hoy puedes contar con una fortuna que asegura el porvenir de tus hijos.

¡Quiera Dios que seas tan feliz como desdichado fué

Alvaro.»

Julia leyó parándose en cada frase, porque la impedían continuar las lágrimas de vergüenza que vertía. Al terminar, besó frenética la carta. Su memoria la trasladó á otros días que pasaron, y una lucha brutal, terrible, se entabló entre su corazón y su conciencia, que se zarpeaban como tigres encelados.

Rafael, con la cabeza baja y la mirada sin atreverse á levantar del suelo, escuchó la carta, cayendo sobre él cada una de sus frases como golpes de titán enfurecido.

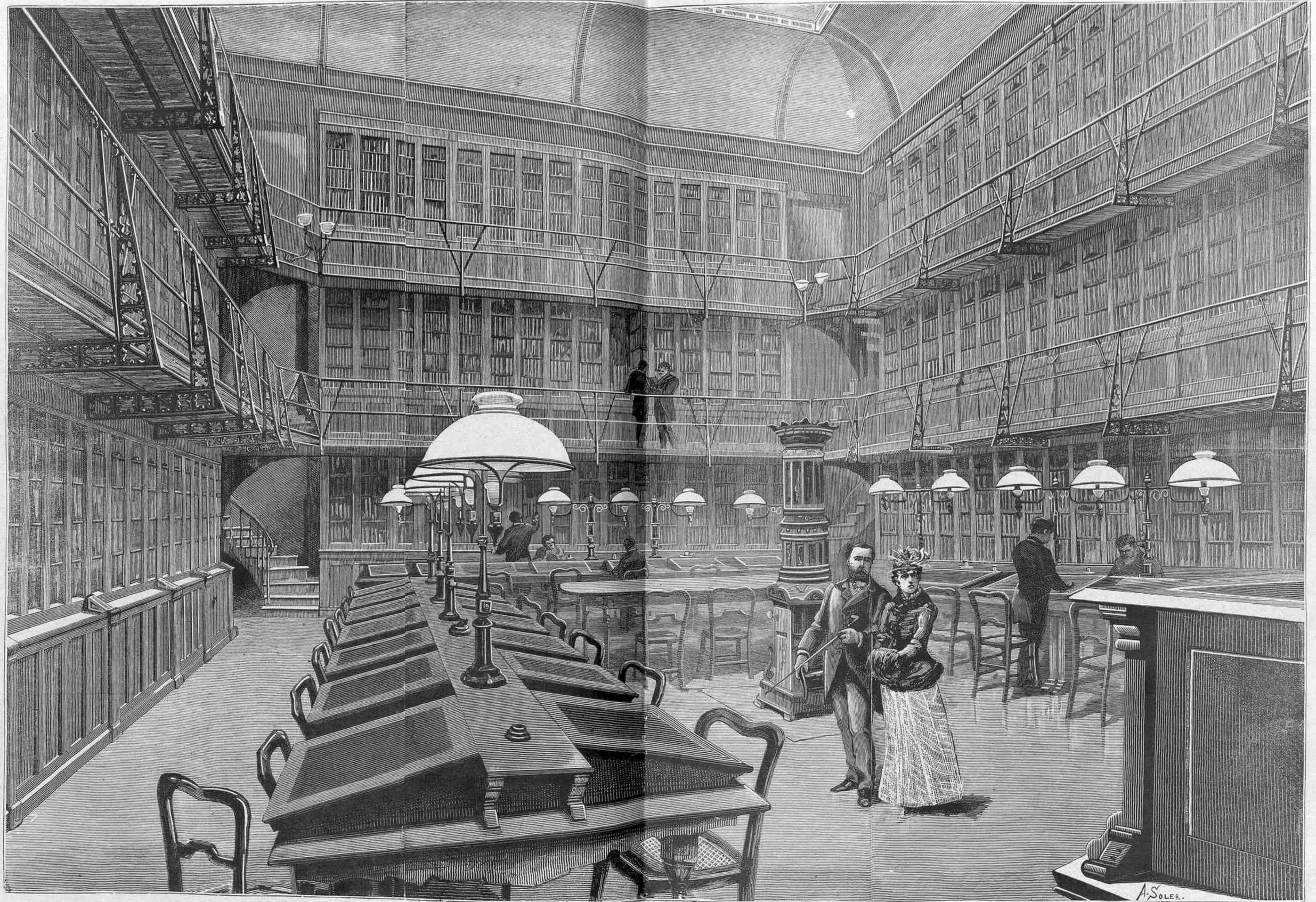
Carlitos, que en el primer momento cesó en sus ri-

sotadas, fué á hacer una caricia á Julia enternecido por las lágrimas de su madre; pero ésta, no sabiendo disimular su mal humor, enjugó al niño sin dulzura. Carlitos, lloriqueando y extrañado, buscó defensa entre las rodillas de su padre, que, como Julia, le apartó con aspereza.

Tan rebajados moralmente se consideraban, que deseando darse á sí mismos alguna disculpa, hicieron en sus iras responsable al único que no podía serlo, á Carlitos, que, desde las penumbras de un rincón, atisbaba á sus padres, llorando y medroso, y con un gesto de dolor que no debió posarse nunca en su cara de ángel rubio...

ALBERTO VALERO MARTÍN.





MADRID.—BIBLIOTECA DEL ATENEO

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSÉ DE LAUGI

—Sobre todo, tirar la primer perdigonada á la cabeza—insistió Rafael.

—¿Zi no la tiene en la punta de un álamo!

—Vamo, dejarse de exageraciones, no hay culebras mayores de cuatro varas.

—Según—exclamó el maestro de escuela, que era muy redicho;—existen algunas de quince metros, y si son verídicas las aserciones de los navegantes, existe la espantosa serpiente de mar...

—Pero Juanico, ¿vas á darnos una lección ahora?

—Es que la culebra de mar...

—Cállate, mala sombra, esaborío; no parece más que te dan dos cuartos po mentala.

Entramos en las alamedas, no sin mirar por última vez el cielo azul y tranquilo. Rafael nos fué colocando en puestos á unos veinte metros de distancia, quedando en ir él y el guarda de ojeo para echarla hacia nuestro lado. Montamos las escopetas y nos apostamos convenientemente.

Fué tan grande el espanto que en aquellos momentos nos dominaba, que recuerdo perfectamente que costó Dios y ayuda buscar valientes para los puestos extremos. Hubo que poner á dos juntos en cada punta de la trocha.

Se fueron Rafael y el guarda y nos quedamos el resto de la partida agazapados en nuestros puestos, oyendo sólo el tranquilo canto de los pajarillos y el continuo rumor del agua que jugaba por las acequias. Todo era tranquilidad en el ambiente y desasosiego en nuestros corazones.

Entonces llegué á asustarme de la magnitud de nuestra empresa; me parecía ver al culebrón eruido y amenazador fijar en mí sus inmóviles y penetrantes ojos; sentía sus vértebras crugir al estrecharme con su portentosa fuerza. El terror me tuvo en los primeros momentos tan aletargado, que hubiera visto venir al monstruo sin darme cuenta de lo que hacía.

Hubo después un instante en que me pareció sentir ruido entre las zarzas, y el valor volvió á mí como por encanto; de ser la culebra, ¡qué triunfo el mío si lograba matarla! ¡con qué satisfacción oirían el tiro y mis voces de victoria!

Todo esto lo pensé en un instante, lo que prueba que en los momentos de jugarse uno la vida en todo se piensa menos en la muerte.

Afortunadamente el ruido no fué producido por la culebra, y volví á mi estado normal esperando con grandes ánimos que aquella aventura se resolviese de cualquier manera con tal de que fuese pronto.

Pasó una hora. Todo era silencio, y yo temía que mis compañeros hubieran huído y estuviera yo solo; ¿serían capaces de hacerlo?

De pronto me pareció oír las voces de los ojeadores; después se oyó un agudo silbido que cruzó los aires; después un tiro, y otro y otro, y enormes gritos de ¡ahí va! ¡ahí va!

Yo me preparé parapetado en el árbol y oí que las voces aumentaban por todas partes, y Frasquito pasó á mi lado corriendo como un gamo.

—¡Ahí te la ojo, Pablillo, voy á quitá má piedra!

—¡Cobarde!—dije para mis adentros; pero en aquel momento sonó un tiro á mi lado y sentí pasar á otro corriendo, produciéndome tal efecto, que sin saber cómo me dió un terror inmenso; me pareció que todos abandonaban la empresa y me quedaba yo solo é indefenso, y por misterioso impulso, empecé á correr entre los álamos enredándome en las zarzas y cayéndome á cada paso. Llegué al río Dilar, que traía un chorrillo de agua, y lo atravesé de un salto, y no sabiendo dónde meterme, ví detrás de unas zarzas un escondite de los que hacen los pajareros, y en él me metí encogiéndome cuanto pude.

En mi precipitación no pude pensar que me metía en una ratonera, porque en vez de huir como hacían mis compañeros, me quedaba escondido donde fácilmente pudiera descubrirme la serpiente. Mi terror era tan grande que no me atrevía á salir del escondite. Me vengaba de mi estupidez llamándome los adjetivos más fuertes, los improprios más insultantes, y verdaderamente resultaba ridículo considerarme allí metido entre la maleza diciéndome tales cosas. Con la imaginación me veía abrazado por la culebra, cuya cabeza me miraba fijamente, fascinándome con sus ojos inmóviles y ahogándome con su presión irresistible. Momentos tremendos los que pasé acurrucado en aquel escondite; el temor me paralizaba de tal modo que no acertaba á desmontar la escopeta. Ví pasar á otro corriendo entre los árboles y después todo quedó en silencio.

Ya estaba molido de postura tan incómoda,

cuando oí las voces de Rafael y el guarda que se acercaban riendo como si nada hubiera pasado.

Aquello fué para mí un rayo de alegría y de triunfo. Salí de mi escondite y corrí hacia ellos preguntando á voces:

—¿La habéis matado? ¿La habéis matado?

Ellos se quedaron asustados al verme.

—Lo que hemos hecho ha sido que no güerve á pisar las alamedas ningún otro cabrero.

—¿Pero eso de la culebra...?

—Cosas mías, señorito, pa espantar á esa gentuza.

Yo me quedé inmóvil al considerar la burla y el ridículo. Los otros comprendieron mi enojo y se callaron, haciendo un gesto que expresó su buen deseo y que entendí al momento. Y al considerar lo gracioso de la aventura y el miedo y terror pasados, dióme tal tentación de risa, que pese á mi seriedad prorrumpí en una franca y ruidosa carcajada.

¡Bendita y oportuna risa! Tú como en esta ocasión sueles resolver muchas cuestiones enojosas de la vida.

X

EL ANGELUS

Ni la cacería con sus emociones, ni mis muchos quehaceres en aquellos días, alejaron de mi espíritu la honda preocupación que le embargaba. Fué necesario que echase mano de mi presencia de ánimo y serenidad para no cometer una tontería, que hubiera podido malquistarme con mi tío.

Había quedado mi asunto en tal situación, que lo mismo podía resolverse á gusto como á disgusto. No me atreví la tarde del sandiar á preguntar á la muchacha si eran fundados mis recelos sobre el primo, porque digan lo que quieran, la duda tiene el encanto de arreglárselo todo á gusto de uno. Había momentos en que el rival me parecía un obstáculo infranqueable, y otros en que me parecía un débil peldaño para mi triunfo.

Temía, sin embargo, las consecuencias de mi decisión, y lo que más me espantaba era el carácter agrio y tenaz de mi tío. Si él llegaba á saber que yo pretendía la hija de su victorioso enemigo, era seguro que yo no paraba dos minutos en el San Ignacio. Esto me preocupaba, aunque halagase á mi amor propio la hipotética probabilidad de, merced á mis tretas, sacar á flote y á gusto de todos tan magna empresa. El tiempo sólo diría en qué paraba aquello.

Lo demás poco me preocupaba. Sobre todo, mi rival me tenía sin cuidado; él era alto, quizá más que yo, pero no tenía mi fuerza, demostrada el día de la era, y en cuanto á ganas de romperse la crisma, dudo que tuviera más de las que yo tenía. Era, pues, una situación que tenía mil encantos; conseguir á una muchacha, de buenas á primeras, es bonito, pero no ilusoria, no hay la satisfacción que acompaña á todo lo que se va ganando poco á poco.

Y yo sentía, cuando en el haza acompañaba á los peones, rebullir toda mi naturaleza con el sol que caldeaba mi sangre, y con frecuencia mis brazos esgrimían la azada y la clavaban fuertemente en el terreno, como si la tierra fuera el corazón de mi rival y quisiera destrozarlo por mi mano. ¡Con qué placer recordaba mi hazaña de la era! ¡Placer semejante debió sentir Sansón, al sentir surgir su antigua y perdida fuerza y estremecerse por el deseo de venganza!

¡Qué hermoso era luchar con obstáculos y vencerlos uno á uno! Todo porque sus lindos labios me dijeran «te quiero», y porque sus ojos se fijasen en los míos y se unieran nuestras palabras celosas del aire que nos separase.

Tal locura tenía que no pensaba más que en ella, y mi tío, que ignorando la causa me veía tan satisfecho, solía decirme con frecuencia:

—Tú echas de menos la *tierruca*, como yo los cabreros en las alamedas.

Tampoco tenía razón. A ratos, cuando la duda me mordía por el lado triste, soñaba con Castro, como debió soñar Adán con el perdido paraíso, y sentía ganas de irme y acostarme á la sombra de los seculares castaños, entre el césped y los helechos, oyendo el canto monótono del cucú ó la lejana armonía del labriego, que en el fondo del valle dejaban oír su cadencioso canto:

Como nací en la montaña,
en ella morirme quiero,
porque corre el aire puro
y está más cerca del cielo.

Horas de lucha que me place recordar al irme haciendo viejo y preferir el mullido sillón próximo á la chimenea, al ir y venir de mis empresas amorosas.

A todo esto pasaron más de dos semanas y yo no pude en ellas ver á la tal niña, y ya sentía cierto desasosiego mal disimulado cuando volví á encontrarla de sopetón y... en tal encuentro quedó fijado mi destino, como si el sol al cruzar el cielo aquel día, hubiera separado con su reguero de luz, dos fases diferentes de mi vida: una tranquila y soñolienta como la luz que irradia á través de la bruma el sol de mi tierra, y otra todo fuego y pasión como el irresistible y fulgente sol que abrasa y quema lo mismo el estéril arenal del Sahara que la fecunda sangre de nuestras venas.

La escena pasó en la era donde nos conocimos. El escenario era el mismo, los personajes habíamos variado poco; sólo el tiempo dejó el caluroso Agosto por el plácido Octubre, y en la lejana Sierra aumentaban los manchones de nieve augurando un invierno frío.

Estaban recogiendo el maíz, y las panojas puestas á secarse al sol formaban enormes círculos de un amarillo rojo que, más que nada, parecían montones de ascuas. La farfolla era recogida por carros guarnecidos de enormes redes y la operación de desgranar era solo ejecutada por muchachas que, como siempre, animaban el trabajo con su incesante charloteo.

No era difícil la tarea. Servíanse para ella de azadas cuya hoja, no muy cortante, arrancaba los granos del pábilo cayendo como lluvia de oro á su alrededor hasta cubrirlas la cintura. El interés era grande porque se pugnaba por cuál de las operarias desgranaba más fanegas; y las manos adquirían tal destreza, que pasaban y repasaban sin dejar un solo grano en el núcleo, hasta que el movimiento degeneraba en viva excitación y se lastimaban las manos al tropezar contra el acero.

En conversación se encontraban cuando puse mis pies en la era. Allí estaba también la *mia* de chicos con su primo. Como me lo esperaba, supe disimular mi disgusto y me acerqué sin demostrar mi sentimiento.

—Buenas tardes—exclamé.

—Buenas las tenga usted—contestaron todos, menos el seminarista.

Aquella grosería se me sentó en el estómago y me propuse romperle la cabeza antes de concluir la tarde. Vería el hombre á quien tenía delante.

—Veo que se trabaja con ganas—dije siguiendo con la vista el movimiento de las preciosas manos: de mi tormento.

—A pesá de sé domingo—añadió fijando en mí sus dos ojos oscuros.

—¡Bah! Dios perdona todo—dijo el seminarista—pecando niñas así.

—Me choca que estudiando usted para cura diga lo que está diciendo—exclamé enfureciéndome por momentos y puesto á dar un espectáculo.

—Y á mí me choca—añadió sin inmutarse la muchacha—que usted se meta á predicar; ca cual lo suyo.

—Es que no se puede repicar y cantar misa.

—Pero sí ayudarme á trabajar, siéntese usted á mi vera y á vé lo que se hace.

Obedecí silencioso, y después de coger una azada, me senté cabizbajo al lado contrario del que ocupaba el primo. Quería averiguar á todo trance el estado de aquellas relaciones y comprobar si era cierto que Rosario (nombre de mi amada), fuese novia del seminarista.

—Vengan panojas—exclamé.

—Panochas, niño.

—Usted dispense, creo...

—Usted ha de sé granadino y ha de comenzá por el pico.

—Bueno; pues vengan panochas.

—Ahí van.

Empecé la tarea sin gran dificultad entre el regocijo con que toda la reunión celebraba el ingreso de un nuevo operario.

—Vamo, Toño, que con nosotra te economiza unos cuanto reale.

—¿Nos convidarás luego?

—Aluego convidó á un jayuyo y á unas copas.

—¡Viva el jayuyo!

—¡Vivan las copas!

La animación era, como se ve, grandísima. Tanto la gente joven como la seria, que no nos perdía de

vista para imponer formalidad de vez en cuando, participaba de la tranquilidad de aquella hermosa tarde del otoño. Los pajarillos cruzaban en grandes bandadas el cielo, interrumpiendo con sus siluetas la serenidad del azul claro del firmamento. En nuestro grupo era Rosario la que llevaba la voz cantante, porque ni ella podía cerrar los labios durante mucho tiempo, ni nadie la dejaba estar en paz. Azuzábanla por una parte sus compañeras y por otra el primito que, bajo su capa de seriedad y misticismo, soltaba piropos y requiebros impropios de su clase de vida. Lo que más me mortificaba era la absoluta imposibilidad de hacer yo lo mismo con igual destreza y desparpajo.

Cansado ella de verme callado, me preguntó con su vocecilla dulce y cariñosa:

—¿Se quea usted el invierno en el cortijo?
 —Desgraciadamente, sí.
 —Pues va usted á contá lo minuto de puro aburrimiento.
 —Procuraré ir á Granada cuando pueda, y si usted no lo toma á mal, evocaremos juntos los recuerdos de la vega.
 —Me tomará usted como recurso.
 —De ningún modo. La tomaré á usted como esperanza.

—¡Bah! igual dicen todos ustedes, y luego si te ví no m'acuerdo.
 —Tenga usted seguridad que cada vez que desde las ventanas del cortijo, vea salir el sol por encima de Granada, verá en cada uno de sus rayos el reflejo de esos ojos tan lindos.

—Usted es tardío, pero cierto. Me parece notar que cada día es usted más andaluz.
 —Podiera ser eso si cada día tratara usted de serlo menos.

—¿Cómo eso?
 —He aquí una cosa que me callo.
 Miró ella al suelo como si allí estuviera la explicación de mi enigma. Quedéme yo viéndola como si se hubiera concluido mi pobre repertorio de galanterías, y el maldecido primo se aprovechó de tal pausa y tendiéndose sobre el maíz con gesto de voluptuoso abandono, exclamó fijando su mirada en los ojos de Rosario, que aún no había levantado la vista.

—Estoy rendío, primita, éjame que te mire pa que me des coraje y alientos.

—¡Quitate, gandul, vergüenza te debía dar!
 —¡Pero qué quieres que haga, si no puedo estar á tu vera sin mirarte!

—¡Desajera un poco! ¡Buen cura tenemos en casa!

—¿Zabe lo que pienso? Pué que yo he nació pa convertí infieles y Dios m'ha señalao un camino muy bonico, y como por tos laos se llega á Roma, y de tos móos se gana el cielo, lo he de caminá contigo, porque en mirándote, que te vean los infieles, va el mismo Mahoma á creé que su cielo es una firfa y á tus pié se van arrodillá por centenares.

—Pue hijo, yo no sirvo pa eso. Si quiere convertí moro, te marcha tu solo.

—Entonce que se quemem los probetillos!
 —¡Valiente cura estás tú! No te llama Dios por ese camino, porque más que acercarte te alejas cada día.

—¡Mujé, zi á tu vera me parece que le toco! ¡Si ni que fueras una custodia!

La conversación entre los dos se animaba por momentos. No había entre ellos connivencias ni promesas, pero indudablemente gozaban con aquel tiroteo de zalamerías. Olvidáronse charlando de que los demás existíamos; ella se mostraba esquiva, él, sin hablar de amor, hablaba de amores; sus palabras sonaban como las del más apasionado y ella encontraba en ellas la satisfacción de sus gracias comprendidas.

Yo, en el silencio y en la contemplación de su diálogo, sentí una pena intensísima que me ahogaba sin dejarme interrumpirles. Cerré mis ojos para no verlos, y sus palabras llenaron mis oídos. Entonces fueron pasando por mí los sentimientos más intensos y distintos: amor, despecho, ira, celos, vergüenza, todo lo fuí sintiendo estremecido por ellos, y hubo momentos en que intenté acogotar al seminarista, y otros en que pensé huir sin decir palabra y otros en que pedí que se abriera la tierra y me tragase para siempre.

Vencí con mi quietud el ímpetu de mis deseos, y avergonzado fuí viendo caer al lado de ella mis ilusiones, tantas veces levantadas y caídas. Veía al ídolo adorado caer por su propia fuerza, y al contemplarme yo mismo autor de tal prodigio volví mis iras hacia mí y deseé por momentos mi total destrucción y castigo.

La tarde iba cayendo como caía la sombra de la tristeza en mi antes esperanzado corazón. El sol parecía visto á través de la candente bruma de aquel hermoso día, un enorme corazón ensangrentado, pronto á ocultarse tras el horizonte; la postrera luz solar alumbraba, con resplandor de incendio, la silenciosa vega; sólo resonaban á mi lado las continuas risas de mis compañeros, mientras que yo aislado, lejos de mi país, sentía humedecerse mis ojos de pena, sorda protesta de mi cariño fracasado, de mis ilusiones muertas, de mi dicha soñada que se escapaba como el sol en aquel momento tras el lejano horizonte.

¡Cuán ajenos estaban todos de que á su lado, y cerca de sus risas, lloraba yo mis penas y mi amargura!

En aquellos momentos se ocultó el sol en la lejanía de la llanura, y la vecina campana de una iglesia dejó caer las tristes notas del *Angelus*. El seminarista interrumpió imperiosamente la animada conversación, y adoptando un gesto místico y compungido, fijó su vista en el suelo, se santiguó y exclamó con acento beatífico y sacerdotal:

—*Angelus Domini nuntiavit Mariam...*

Rosario entonces, cambiando de gesto, me miró de soslayo con su mirada expresiva de mujer despechada. Un chisporroteo de alegría corrió mi cuerpo de arriba á abajo, y clavé mi vista en ella loco por arrancar el secreto de la mirada.

¡Sí; Rosario no amaba á su primo; Rosario, la gentil y graciosa muchacha nacida bajo los cármenes granadinos, no podía querer á un muchacho que, á su lado, pensaba en otra vida que no fuera la que sus ojos retrataban y en otra felicidad diferente á la que ella pródiga ofrecía, y en otro cielo que no fuera el reflejado en sus ojos negros y purísimos.

Pensar á su lado en otra existencia que no fuera la suya y en otra felicidad que no fuera la de sus caricias, era insultar á Rosario, y así debió comprenderlo, cuando su mirada me dijo tantas cosas y sólo me dijo una.

¡Ah, Dios mío! Perdóname si en aquel momento no hubiera vacilado entre tu cielo y los brazos de Rosario; nos hicisteis muy débiles ante la pasión y muy fuertes en ella. Tú mismo debiste comprender tu obra al ponernos tu amor sobre todas las cosas y no sobre todas las personas. Perdóname si te ofenden mis palabras, el hermoso sentimiento que ahora

las traspasa al papel, por tí lo siento sugerido, tú eres lo más grande, lo más inmenso, lo infinito; tú eres la pasión que salta en una mirada.

Otra vez nos miramos, y en mis ojos debió ver ella la ardiente declaración que contenían; sonreímos al comprendernos en el silencioso lenguaje de nuestras miradas, y desde aquel momento quedó en nosotros sellado un secreto que reflejaban nuestros ojos inquietos y brillantes.

El sol se había desvanecido bajo las brillantes nubes iluminadas por sus postreros resplandores. Su luz marchaba á alegrar otras tierras lejanas y desconocidas, y yo en aquel momento, me sentía tan feliz para alegrar toda la región sumida en la sombra, prodigioso efecto de una pasión contenida y exaltada.

—*In nomine Patri, Filio et Spiritu Santo*—terminó diciendo el seminarista.

(Continuará.)

Biblioteca del Ateneo

Seguramente no hay ninguna Biblioteca en Madrid, si se exceptúa la Nacional, que cuente con tantas obras y tan escogidas como la del Ateneo.

Un personal idóneo é inteligente procura complacer y atender con esmero á los numerosos lectores.

Tanto el presidente de la Sociedad, Sr. Moret, como los secretarios Sres. Bonilla y Beruete (el celebrado dramaturgo, autor de «Entre rocas») y el bibliotecario Sr. Mourelo, merecen elogios por el celo que demuestran en pro de tan importante centro de cultura.



CAMINO DEL CORTIJO

El perro fiel

(CUENTO CORTO)

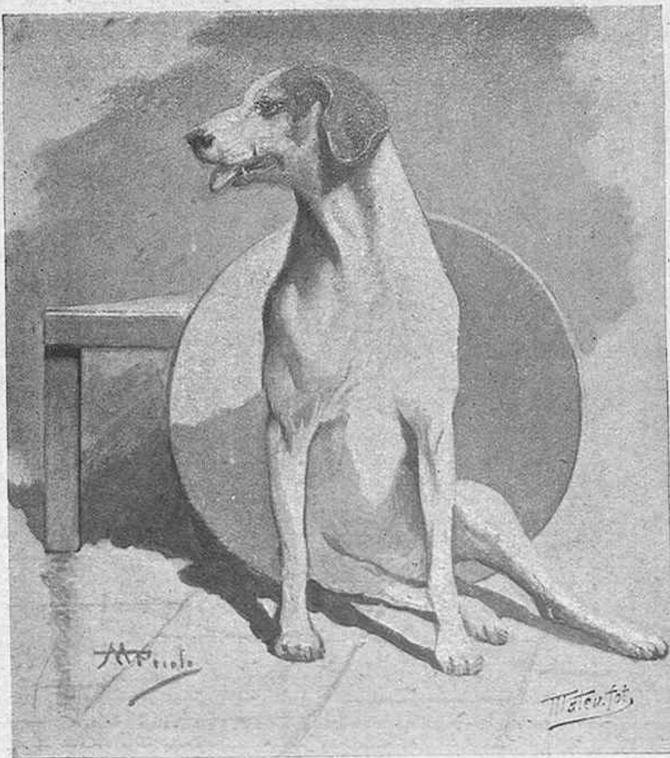
I

Pepito y Paco eran dos pobres niños desamparados, que no tenían otro sustento que el que les procuraban las personas caritativas,



y cuya única protección segura era la de un hermoso perro que nunca les abandonaba.

El cariño que el fiel animal profesaba á los infelices huérfanos era tan grande, que ni un momento se separaba de ellos, y cuando por las noches los niños se quedaban dormidos en el quicio de alguna puerta, el perro se echaba



á su lado, procurando darles calor con su cuerpo y defenderles contra cualquier ataque.

II

Aquel día había nevado copiosamente. Una blanca alfombra cubría por completo las calles y engalanaba, como blanca colgadura, las copas de los árboles. El frío intenso que se dejaba sentir era causa de que apenas circulase ningún transeunte. La ciudad, envuelta en nieve, silenciosa y triste, ofrecía un aspecto solitario.

La noche fué cruel en extremo. Un viento de la sierra vecina llegaba esparciendo ráfagas de muerte...

Pepito y Paco, agotados de cansancio y enteleridos, se apretaban fuertemente en la puerta de una casa que habían escogido para pasar la horrible noche que se presentaba... Á su lado, el perro les miraba fijamente, con sus grandes ojos melancólicos que parecían querer decir algo en un lenguaje misterioso.

III

El inteligente animal comprendió que sus amiguitos se helaban de frío, que se morirían si no les llegaba pronto socorro.

Entonces empezó á arañar la puerta de la casa, aullando tristemente... Pasó mucho rato. Nadie contestaba y el perro seguía con sus aullidos lastimeros cada vez más fuertes.

Oyese dentro una voz malhumorada, el ruido del cerrojo al roce de las armellas y un hombre asomó su cabeza por la puerta y gritó:

—Largo, demonio de animal. Deja dormir... Y con un vigoroso puntapié, lanzó al perro al arroyo.

Pero entonces reparó en los dos niños harapientos, blancos como azucenas, fríos como la muerte...

La piedad dominó el corazón de aquel hombre, y cogiendo á las dos criaturas desamparadas, las entró en su casa.

IV

Al día siguiente Paco y Pepito vieron el cadáver del perro tendido sobre la calle.

Los ojos melancólicos del fiel animal parecían aún querer decir algo en un lenguaje misterioso.

ESPERANDO

Tu retrato prometido un mes y otro espero yo; mas ni el retrato ha venido ni Cristo que lo fundó.

Si echas tu oferta á barato y el tiempo dejas correr, cuando venga tu retrato no te voy á conocer.

Pero no cantes victoria, ni te cures en salud, pues yo me sé de memoria tu cara y tu ingratitud.

CARLOS CANO.

HOMBRES CÉLEBRES

TIRSO DE MOLINA

(FR. GABRIEL TÉLLEZ)

Este célebre autor dramático español nació en Madrid hacia el año 1570, y murió en el convento de Soria en 1648. Pasó su juventud en la Universidad de Alcalá de Henares, que á la sazón contaba más de 10.000 estudiantes, cursando la Filosofía y Teología en el famoso Colegio Mayor de San Ildefonso. Las grandes creaciones de Tirso de Molina, la perfección á que supo elevar el arte dramático y la lengua española, y el profundo conocimiento que demostró de las letras antiguas, prueban que se utilizó grandemente de los estudios sagrados y profanos á los que se dedicara. Después de tomar sus grados abandonó Alcalá, para venirse á Madrid, donde había de ensayar fortuna en el teatro. Según todas las probabilidades, debió venir en los últimos años del siglo XVI, y aquí comenzó para él aquella vida de combates y triunfos.

Sólo una parte de sus comedias fueron representadas, aunque, desgraciadamente, no nos consta con certeza la fecha de su representación y las diversas suertes que aquéllas corrieron. En una de sus obras, *Los cigarrales de Toledo*, colección de piezas teatrales en prosa y verso (1624), dice haberlas compuesto en el espacio de catorce años antes de su entrada en el convento de la Merced, que tuvo lugar á fines de 1613. El número de comedias se eleva á 300, que corresponderían á 25 próximamente por año y dos por mes en aquel tan corto periodo. Esta extrema fecundidad, seguida de un silencio absoluto durante los muchos años que después vi-



vió, es verdaderamente maravillosa. Una de sus obras, á la que él mismo atribuía gran mérito, *El tímido en la corte*, fué mal recibida por el público y criticada en extremo. La crítica, la envidia, los disgustos y la miseria, influyeron quizás en el ilustre autor á resignarse á vivir la vida religiosa. Cualquiera que fueran las razones que tuviese para renunciar al mundo, es lo cierto que entró en la Cartuja de Toledo á fines de 1613, y nada se vuelve á hablar de él hasta 1624, en cuya fecha se ocupaba de sus *Cigarrales de Toledo*.

Tres años después publicó el primero de sus cinco volúmenes de teatro. El segundo vió la luz pública en 1627. Los otros tres los publicó un sobrino de Tirso, llamado D. Francisco Lucas Avila, desde el año 1634 á 1636. Las obras dramáticas de Tirso de Molina se componen de 65 dramas ó comedias y de 11 intermedios agregados á esta edición, de tres comedias insertas en *Los cigarrales* y de 10 piezas impresas separadamente. No es esto todo lo que él publicó, pero sí lo más selecto. Las principales son: *La prudencia en la mujer*, *La elección por la virtud*, *Las hazañas de Pizarro*, *Marta la piadosa*, *El condenado por desconfiado*, *Por el sótano y el torno*, *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* y otras.

Letras y letrillas

En el momento que esto escribo aún no ha tenido solución esa charada, que es motivo de natural expectación.

Unos apuestan por Silvela, otros apuestan por Pidal; pero hay también quien se desvela por solución más liberal.

López Domínguez y Romero hablan de cierta embarcación, con Tetuán por timonero, para salvar la situación.

Todos se llaman salvadores de este país, que está en un trís: pronto veremos qué doctores hacen la dicha del país.

* * *

Hablemos de otra cosa.

De cualquier cosa menos de política.

Por ejemplo, de numismática.

Supongo á ustedes enterados del hallazgo de Lugo.

Mas por si no lo están ó le hubiesen dado al olvido, ahí va la noticia:

«Ha despertado gran curiosidad entre los aficionados á las antigüedades el hallazgo efectuado en un solar de la calle de Castelar, propiedad del Banco de España, donde ha de levantarse el edificio de la Sucursal.

Los obreros ocupados en los trabajos de explotación de terrenos hallaron algunos botes, conteniendo una cantidad importante de monedas de oro con el busto de Nerón y el de Constantino.»

El simbolismo continúa imperando en nuestra patria.

Fíjense ustedes y se convencerán.

¿A quién pertenece el solar donde han sido halladas las monedas? Al Banco, para que se cumpla el refrán de que dinero llama á dinero.

¿Quién fué Nerón? Un tirano, al cual resucitarían de buena gana algunos españoles imbeciles.

¿Qué quiere decir Constantino? Que á Dios rogando y con el mazo dando.

¿En qué calle de Lugo ha tenido lugar el hallazgo? En la de Castelar.

¿Quién fué Castelar? El contrapunto de Nerón.

¿Con qué nombre son conocidos los cachivaches en que estaban guardadas las monedas? Con el de botes.

¿Qué es un bote? Una pequeña embarcación, que se utiliza con preferencia cuando los grandes buques están á punto de irse á pique.

No soy agorero, ni soy zahorí.

¿Pero á quién no choca lo que pasa aquí?

Cavan un terreno los trabajadores, y andan de cabeza dos emperadores.

Se habla de constancia y de andar con tino, y de entre unas ruinas sale Constantino.

Se habla de tinieblas y de reacción, y al momento surgen bustos de Nerón.

.....

.....

Pero se da el caso, y es muy singular, que mezclado en eso anda Castelar.

* * *

Puesto que, como vulgarmente se dice, en la variación está el gusto, pasemos de la numismática á la navegación aérea.

Un procer francés, el conde de Dion, acaba de inventar un globo que es una maravilla.

Merced á un mecanismo, tan sencillo como ingenioso, pero que no explicaré á ustedes por la sencilla razón de que no entiendo una jota de mecánica, se puede permanecer en el aire muchísimo tiempo.

Esto asegura la prensa francesa, y si la noticia es exacta, el conde de Dion tendrá que apresurarse á montar una gran fábrica de globos.

La ocasión no puede ser más oportuna, y el señor conde se redondeará.

Como son muchas las gentes que no se hallan seguras en tierra, los venderá á millares.

Los que en la tierra no estáis seguros, ni aun resguardados tras fuertes muros, volad al punto por los espacios y haced en ellos dos mil palacios.

Regocijáos entre las nubes, haciendo gestos á los querubos. Si en las alturas hay querubinas, no han de estorbaros tales vecinas. Acariciadlas, yo no me opongo; si me opusiere, ya lo supongo, os causaría risa en extremo. La cosa es clara: no soy Supremo. Aunque lo fuera. Yo os prometo, si dáis el salto, mucho respeto. ¡Sus! y en los aires busque solaz todo el que quiera vivir en paz.

* * *

En Oporto ha habido un caso. Pero no se alarmen ustedes, porque no ha sido de peste bubónica.

Se trata de un conato de rapto en la vía pública.

En cuya vía existe un templo. La noticia me ha causado una impresión, imposible de describir.

Porque no cesó de preguntarme:

Si en su diabólico plan persisten esos galanes, que en raptar cifran su afán, y raptan á los Adanes, Dios mío, ¿me raptarán?

DANIEL COLLADO.

Nota política



—¿Con que por fin se planteó la crisis?
—Por fin.
—¿Y quién te parece que debe formar Gobierno?
—Poco á poco, Martínez. Yo no contesto á esa pregunta, como no me la dirijas por escrito.

D. Eduardo Tejerina Gamarra



Este joven poeta vallisoletano, ya ventajosamente conocido, acaba de publicar un libro de poesías titulado *Primaverales*.

En él hace gala su autor de un ingenio privilegiado y de un arte fácil y galano.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL se complace publicando el retrato de un literato que de modo tan brillante empieza su carrera literaria.

El alma gallega

Señora doña Emilia Pardo Bazán: Usted, que algunas veces escribe bien, demuestra usted en otras bélico afán porque bombos ruidosos siempre la den. Como el alma gallega va usted á pintar, y las prensas muy pronto van á gemir, permita que un consejo la venga á dar, antes que sobre el alma vaya á escribir.

No ha de ser minuciosa la exploración para encontrar el alma que busca usted. Escúcheme un momento con atención, y en otros cuatro versos se lo diré.

Sin que pitos ni flautas vaya á tocar, diga usted á la revista que la encargó el estudio del alma, sin vacilar: Toda la de Galicia, la tengo yo.

EL GAITERO.

Polvos Dentífricos de Botot EXIGIR LA MARCA BOTOT 17, r. de la Paix, París. En venta en todas partes.

Eau de Botot DENTÍFRICO ANTISEPTICO SUPERIOR, EL ÚNICO aprobado por la Academia de Medicina de París, 17, r. de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS PARTES.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de RICARDO VINUESA
Ilustraciones de ROJAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo.

Precio del volumen: TRES PESETAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos.
Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Vahidos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos.
Noticia en cada caja.
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.
Paris, 14, rue de Valenciennes y principales P^{as}.

Compuesto en las máquinas LINOTYPE

ROMERO, IMPRESOR. — LIBERTAD, 31

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedaron organizados en la siguiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Algeciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PENINSULA

Trimestre.	4,50 pesetas.
Semestre.	9 —
Un año.	18 —

EXTRANJERO

Semestre.	12 —
Un año.	24 —

Anuncios y reclamos precios convencionales.



VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de Dorin, París, para la Perfumería Frera, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la Academia de Medicina de París.

DEPÓSITO: PERFUMERIA FRERA, CARMEN, 1



ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Sampedro publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 8, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZQUEZ. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

Emulsión Nadal Con 80 por 100 de aceite higado bacalao y glicerofosfatos é hipofosfitos de cal y sosa. Es la mejor. La venden las farmacias.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

LIBRO UTILISIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infantería del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno Comandancia de Carabineros de Algeciras